

LA GUERRA Y LA ORGANIZACIÓN MILITAR EN LAS UTOPIÁS DE PLATÓN, MORO Y CAMPANELLA

Santiago CANTERA MONTENEGRO
Licenciado en Geografía e Historia

POR una serie de motivos y por distintas razones se debate hoy, con notable insistencia, sobre la función del Ejército e incluso se llega a cuestionar su razón de ser. En estas circunstancias, nos parece interesante ver qué opinión han tenido algunos destacados pensadores.

En este estudio nos limitaremos a las *utopías* de Platón (del siglo IV a.C.), de Moro (de principios del siglo XVI) y de Campanella (de la primera mitad del siglo XVII).

No se nos oculta el concepto poco favorable que a veces se tiene de las *utopías* en general. Pero el hecho es que autores de la categoría de Platón, Santo Tomás Moro y Campanella, entre otros, han dejado escritas unas *utopías* de una importancia incuestionable. Y así ha sido reconocido por los más prestigiosos historiadores.

Por nuestra parte señalaremos además que su valor ha de verse fundamentalmente en el hecho de que las *utopías* suponen, en unos casos una crítica a la sociedad, en otros ofrecen un modelo social ideal, y en otros hacen las dos cosas. Por lo tanto, tienen una conexión con la realidad. Los autores de las *utopías* muchas veces consideran la posibilidad de llevarlas a la práctica, y de hecho en algunas ocasiones se ha intentado esto, tal como ocurrió en las *Reducciones* jesuitas entre los guaraníes o con los *falansterios* de Fourier. Concretamente, las tres utopías a las que aquí nos referiremos fueron tenidas en cuenta por los jesuitas para las *Reducciones* a las que acabamos de aludir.

La República de Platón, terminada ya para el año 374 a.C., es la principal de las obras de este filósofo griego. Fue en parte completada por *Las Le-*

yes, obra más tardía, pero que no alcanza la altura de aquélla. Nosotros tomaremos como base para este estudio *La República*, no *Las Leyes*.

En cuanto a la *Utopía* de Santo Tomás Moro, fue escrita en 1516, y con ella se abre el grupo de las utopías modernas, al que también pertenece *La Ciudad del Sol* de Tomás Campanella, publicada en 1623.

Las tres obras tienen ciertas semejanzas entre sí, pero presentan también notables diferencias. Cabe decir que Campanella deja ver un fondo platónico mucho mayor que Moro, sin que ello le reste un carácter propio.

Como es natural, aquí nos fijaremos de manera especial –casi exclusiva– en sus ideas y comentarios acerca de la guerra y de la organización militar¹.

Cabe anticipar que en estas tres utopías se considera la guerra como un fenómeno inseparable de la sociedad humana y de su devenir histórico.

Examinaremos, pues, qué dice cada una de ellas al respecto, comparando al propio tiempo sus distintos puntos de vista para poder llegar así a unas conclusiones claras y precisas.

Consideraciones de la guerra y necesidad del ejército

Platón considera que la guerra, *azote tan funesto para los Estados y los ciudadanos*, tiene su origen en la insaciabilidad de los Estados a los que ya no les basta con los recursos que tienen porque, habiendo traspasado los límites de lo necesario, ambicionan nuevas comodidades y riquezas². Como indica Bouthoul, en las obras de Platón se supone un porvenir sin guerras, pero da gran importancia al grupo de los guerreros en su República, del mismo modo que admira a la belicosa Esparta³.

En definitiva, el filósofo griego ve la guerra como un fenómeno muy negativo, pero inherente al género humano, al menos en su imperfección. Por eso se hace necesario organizar un ejército en la República ideal con el fin de defenderla frente a sus vecinos. Y ello precisa unos ciudadanos ente-

¹ Cabe además señalar las posibles influencias de estos modelos en la organización militar de las Reducciones de los jesuitas entre los guaraníes del Paraguay, en especial desde que en 1640 el rey Felipe IV les otorgó la autodefensa, con permiso para utilizar armas de fuego y montar a caballo. Véase *Tentación de la Utopía: las misiones jesuíticas del Paraguay*. Prólogo de A. Roa Bastos e introducción y edición de J.-P. Duviols y R. Bareiro Saguier. Tusquets Editores y Círculo de Lectores. Barcelona, 1991; pp. 32–33 y 44.

² PLATÓN: *La República o el Estado*, libro II. Versión de Enrique Palau. Editorial Iberia. Colección Obras Maestras. Barcelona, 1966, 4.^a edición, pp. 61–62.

³ BOUTHOU, Gaston: *Tratado de Polemología (Sociología de las guerras)*. Ediciones Ejército. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército. Madrid, 1984, pp. 137–138.

ramente dedicados a las armas⁴. Pero también tiene muy claro que las guerras entre griegos deben desaparecer⁵, lo cual refleja un fuerte pensamiento panhelénico, que responde a la idea de un panhelenismo basado más en una hermandad de identidad cultural que en una unidad política bajo un único Estado griego.

La opinión de Santo Tomás Moro no dista mucho de la de Platón: los habitantes de la isla de Utopía aborrecen la guerra como *cosa totalmente bestial*, pero se ejercitan constantemente para ella por si se da un caso de necesidad. Además de la defensa del país, consideran motivos justos para luchar los siguientes: la ayuda a un aliado invadido o injuriado y la liberación de un pueblo tiranizado, *llevados de un sentimiento de humanidad*. Ahora bien, evitan siempre declarar la guerra sin necesidad, y de hecho son un pueblo pacífico, aunque bien adiestrado para la guerra⁶.

El escritor político renacentista que tradicionalmente más se ha comparado a Moro y al mismo tiempo más se le ha contrapuesto a él, Nicolás Maquiavelo, siempre afirma que la guerra tiene una gran importancia como factor político al que el príncipe debe conceder el mayor interés, pues de ella puede depender en buena medida su grandeza y la del Estado⁷.

Campanella, por su parte, no hace una valoración tan clara de la guerra como Platón y Moro, pero se observa en su *Ciudad del Sol* una notable preocupación por este asunto y por la organización militar. Así, uno de los triunviros que gobiernan la República por debajo del jefe supremo—sacerdote al que llaman Hoh, es aquel que tiene a su cargo todo lo relativo a la guerra y la paz. Tal jefe es Pon, el Poder⁸. Pero además, todos los habitantes del estado se entrenan para la guerra⁹.

Los casos en los que la República campanelliana declara la guerra son semejantes a los de Moro: en defensa propia (cuando es agredida por vecinos envidiosos de su prosperidad), ante una vejación a un país aliado o a la propia República, y en auxilio de pueblos tiranizados que les piden ayuda

⁴ PLATÓN: *Op. cit.*, libro II, pp. 62–63.

⁵ PLATÓN: *Op. cit.*, libro V.

⁶ MORO, Tomás: “Utopía”, en *Utopías del Renacimiento*, con estudio preliminar de E. Imaz. Fondo de Cultura Económica. Colección Popular. Madrid, 1986. (9ª reimpresión en español), p. 116.

⁷ Así en *El Príncipe*, capítulo XIV, y la dedicatoria de *El Arte de la Guerra*. Manejamos la edición de *El Príncipe* de Espasa Calpe, Colección Austral, con introducción de G. Procacci y comentarios de Napoleón Bonaparte. Madrid, 1991. (21ª edición). También la edición de *El Príncipe y El Arte de la Guerra* de S.A. de Promoción y Editores, Club Internacional del Libro. Madrid, 1986.

⁸ CAMPANELLA, Tomás: “La imaginaria Ciudad del Sol”, en *Utopías del Renacimiento*, p. 147.

⁹ *Idem*: pp. 169–170 y 175.



Utopía de Tomás Moro, del libro *Tentación de la Utopía*.

para ser liberados. Y también en algunos otros casos. Hacen asimismo la guerra a pueblos enemigos de la República y de la religión (ateos), por considerarlos inhumanos. Pero, en cualquier caso, la declaración de guerra se hace tras una deliberación en la que, tras pedir la ayuda de Dios, se analiza la justicia de la causa. Y si efectivamente se declara, se da un ultimátum y un plazo al enemigo para que reconsidere su postura¹⁰.

Así pues, podemos observar que Platón y Moro tienen en cuenta lo abominable que es la guerra, pero son conscientes de que el Estado debe ser capaz de afrontarla en caso justo y necesario, pues es casi inseparable de la historia del hombre. Campanella parece introducir un elemento más agresivo en su Estado o República, al considerar la posibilidad de llevar a cabo una acción contra pueblos irreligiosos y enemigos de dicho Estado. Pero lo indudable, en definitiva, es que ninguno de los tres autores niega ingenuamente la existencia de la guerra.

El ejército: composición y relación con la sociedad utópica

Como se ha señalado, el ejército es una pieza fundamental en el Estado platónico. En efecto, Platón divide la sociedad en tres grupos: gobernantes-filósofos, guerreros o *defensores* (de los que saldrán los primeros) y trabajadores o *productores*. Los primeros deben poseer la virtud de la prudencia, los segundos la de fortaleza y los terceros la de templanza. Y del buen cumplimiento de las funciones de cada uno resulta la justicia. Al primer grupo atribuye oro en sus almas, al segundo plata, y al último bronce y hierro¹¹.

Lo que tiene muy claro Platón es que en su República (o Estado), el del militar es un oficio, una profesión a la que dicho Estado debe prestar una gran atención. Como cualidades de los *defensores* destaca las siguientes: sentido fino para darse cuenta de la presencia del enemigo, velocidad para perseguirlo, fuerza para luchar, valentía, amor al saber (filosofía) y poseer un alma colérica e irascible, pero sólo frente al enemigo pues, por el contrario, han de mostrar docilidad hacia sus conciudadanos¹².

Cabe indicar que Aristóteles criticará la posición excepcional que los guerreros ocupan en la República platónica¹³.

En cuanto a su modo de vida, Platón establece para los *defensores* unas normas muy especiales que, en buena medida, recuerdan el modelo político

¹⁰ *Idem*: pp. 170-171.

¹¹ PLATÓN: *Op. cit.*, libro III, pp. 114-115, y libro IV.

¹² *Idem*: libro II, pp. 62-65.

¹³ ARISTÓTELES: *La Política*, libro II, capítulo 2. Ed. Espasa Calpe, Colección Austral. Madrid, 1983. (16ª edición), pp. 48-52.

y militar espartano, y en menor grado también algunos rasgos de los modelos cretense y cartaginés.

Platón pretende que sus guerreros, con el estilo de vida que fija, cumplan bien su misión y no envidien a sus conciudadanos. Para ello implanta un sistema comunal entre los *defensores* con las siguientes características¹⁴:

a) Salvo excepciones, no tienen casa propia.

b) La despensa es igualmente común.

c) La alimentación es proporcionada en justa medida, de manera que ni les sobre ni les falte.

d) Realizan la vida en común, y las comidas también son colectivas, como si se encontraran en campaña.

e) Se les ha de inculcar el convencimiento de que los dioses han puesto en sus almas oro y plata divinos, de tal modo que estén convencidos de que para nada necesitan del oro y la plata de los hombres. Es decir, se les prohíbe el uso de estos metales y no los deben ambicionar, para así mantener la paz interna del Estado, al evitar las envidias, ambiciones, etc.

Pero Platón no se contenta con estas pautas, sino que la aplicación de lo común a la sociedad guerrera llega aun más allá: establece la comunidad de mujeres y de hijos. Es decir, los defensores no tendrán una única mujer en matrimonio, sino que habrá comunidad total, y los hijos no sabrán exactamente quiénes son sus padres, ni éstos quiénes son sus hijos. Ahora bien, esto no impide que, por otra parte, Platón defienda la intervención de los gobernantes en las uniones entre los guerreros, con vistas a una mejora racial: los mejores guerreros se unirán a las mejores guerreras, pues, como veremos, es partidario también de la educación y oficio militares de las mujeres igual que los hombres. Y a los niños nacidos de los mejores guerreros se les separará aparte; y lo mismo a los hijos de los peores. Es decir, implanta un sistema comunal absoluto y toda una planificación sexual con objetivos raciales¹⁵.

Como acabamos de apuntar, Platón defiende para las mujeres la posibilidad de una educación y un oficio militares igual que los hombres. Afirma que hay mujeres capaces para la gimnasia y para la guerra, por lo cual pueden ser buenas guerreras. Así pues, se les educará en esto de la misma manera que a los hombres, y también irán a la guerra¹⁶. De la educación del grupo de los *defensores* hablaremos en el próximo apartado.

En definitiva, Platón señala a los guerreros o *defensores* como uno de los tres grupos con rasgos bien delineados, así como fuertemente diferen-

¹⁴ PLATÓN: *Op. cit.*, libro III, pp. 116–117.

¹⁵ *Idem*: libro V, pp. 170–176.

¹⁶ *Idem*: libro V, pp. 164 y 168–170.

ciado de los otros dos, en especial de los *productores*. El suyo es propiamente un ejército profesional, pero compuesto por ciudadanos del propio Estado, no por mercenarios extranjeros; y que desde luego no buscan un provecho económico ni particular. Para Platón, los *defensores* son esenciales para la supervivencia del Estado.

Puede y debe ponerse en relación este modelo con el espartano, que no fue utópico sino real. Las causas de las semejanzas con Lacedemonia (Esparta) se hallan en buena parte en el filolacónismo de Platón, la corriente que se desarrolló en la Atenas de finales del siglo V y principios del siglo IV a.C., y que admiraba el modelo espartano como una alternativa a la decadencia ateniense. Tuvo un auge importante entre los discípulos de Sócrates, entre ellos Platón y Jenofonte, autor éste de un pequeño tratado sobre *La República de los lacedemonios*¹⁷.

La sociedad espartana estaba totalmente orientada hacia la guerra y contaba con un modelo comunal entre los *homoioi*, los ciudadanos *iguales*, pero sustentando materialmente sobre la dura realidad de la semiesclavitud de los *ilotas*. Entre los *homoioi* había comidas públicas y comunidad de bienes, estaban prohibidos el oro y la plata, todos vestían uniformados y existía una gran liberalidad sexual (sin llegar plenamente a la comunidad de mujeres) y una planificación racial; la comunidad de hijos se daba en cierta manera, pues desde los siete años de edad el Estado se hacía cargo de su educación, la cual en ocasiones presentaba facetas de gran dureza¹⁸.

Aristóteles, en los capítulos 7 y 8 del libro II de *La Política*, describe y hace la crítica de las constituciones de Creta y Cartago, que también presentan algunas semejanzas, en especial la cretense. Así, por ejemplo, la costumbre de las comidas comunes, que se daba en una y en otra.

Por otra parte, Aristóteles critica a Platón bastantes cuestiones: la comunidad de bienes, de mujeres y de hijos, la posición excepcional de los guerreros en el Estado, y el elevado número de éstos, en *Las Leyes* (cinco mil cuarenta, frente a los mil de *La República*)¹⁹.

Dado que en estos aspectos se halla más cercano Campanella a Platón que Moro, vamos a referirnos primero al modelo propuesto por aquél.

Como ya hemos indicado más arriba, uno de los triunviros de la *Ciudad del Sol* campanelliana es Pon, el Poder, encargado de los asuntos militares. Hemos dicho asimismo que todos los ciudadanos se ejercitan para la guerra, de la misma manera que en la caza, la agricultura y el pastoreo. En esto

¹⁷ Editado recientemente, junto con *La República de los atenienses* del Pseudo-Jenofonte, por el Centro de Estudios Constitucionales. Edición bilingüe. Madrid, 1989.

¹⁸ Aparte de la citada obra de Jenofonte, resulta interesante para ver esto el capítulo 6 del libro II de *La Política* de Aristóteles, donde se hace la descripción y crítica del modelo espartano.

¹⁹ ARISTÓTELES: *Op. cit.*, libro II, caps. 1-3, pp. 43-56.



Mosaico romano que representa a los filósofos de la Academia de Platón.

ya nos encontramos, sin embargo, con una diferencia notable respecto de Platón, quien apartaba de estas tareas a los guerreros. Y en efecto, la defensa militar es competencia de todos los ciudadanos en la *Ciudad del Sol* y no hay una casta totalmente diferenciada como en la República platónica.

Pero eso sí, también las mujeres realizan la instrucción militar, por si en alguna ocasión es necesario que luchen, y además tienen a su cargo las guardias diurnas de la Ciudad²⁰. He aquí, sin embargo, otra diferencia con Platón: sólo guerrear en caso de necesidad, actuando siempre primero los hombres.

En la *Ciudad del Sol* existe asimismo un sistema comunal, pero para toda su sociedad, no solamente para un grupo. Hay comunidad de bienes y también de mujeres e hijos, e igualmente las comidas son comunes. La procreación, a la que como Platón da Campanella un gran relieve, está al cargo de otro triunviro, Mor (el Amor), y existe una planificación sexual también con objetivos raciales. De otra parte, hay uniformidad en el vestido y un desprecio a los metales preciosos y los adornos²¹.

Hay que decir que Campanella vincula siempre todas las cosas a un profundo sentido religioso existente en la *Ciudad del Sol*. Digamos de paso que esta religión y la de la isla utópica moreana (entiéndase, de Moro) son, como sus utopías, imaginarias. No es la religión cristiana, sino la religión natural que pueden tener todos los hombres que aún no han conocido la revelación cristiana.

Al analizar el caso de la isla de *Utopía* de Moro, hallaremos algunas semejanzas con Platón y con Campanella, pero también, desde luego, bastantes diferencias.

En primer lugar, en *Utopía* se prefieren encomendar las funciones guerreras a tropas mercenarias, dado que ellos aborrecen tan fuertemente la guerra. Utilizan también ejércitos auxiliares aliados, pero en caso necesario luchan ellos mismos. Y de hecho, aunque en nada les guste la guerra, se entrenan con asiduidad hombres y mujeres para ella. No en vano, son buenos guerreros cuando combaten. Y dotados de un fuerte patriotismo y sentido de la justicia, consideran bueno morir por una causa justa y necesaria. Las levas son voluntarias para combatir en guerras externas, pero obligatorias en caso de defensa del propio país²².

No hay, aparte de los mercenarios, un grupo de ciudadanos únicamente encargados de lo militar. Todos, eso sí, van uniformados, desprecian el oro y la plata (e incluso no existe la moneda en esta República) y hay comuni-

²⁰ CAMPANELLA, Tomás: *Op. cit.*, pp. 169 y 174.

²¹ *Idem*: pp. 147, 150-151, 153-154, 157-161 y 165-166.

²² MORO, Tomás: *Op. cit.*, pp. 116 y 119-121.

dad de bienes y comidas colectivas (aunque no obligatorias)²³. La diferencia quizá mayor entre el modelo morcano y el platónico y el campanelliano, en lo que a aspectos comunales se refiere, es que no hay comunidad de mujeres ni de hijos, sino que la base familiar de la sociedad es fundamental. Y además, por otra parte, se ve la existencia de una libertad mucho mayor, que surge de una alta valoración de la dignidad de la persona, algo que en Santo Tomás Moro, como todo en él, tiene una profunda raíz cristiana.

Llegados a este punto, cabe hacer algunas apreciaciones comparando el pensamiento de Maquiavelo con el de Moro en el tema de los mercenarios.

Maquiavelo es, no ya muy reticente, sino totalmente reacio a los ejércitos mercenarios. Es, al contrario, un claro defensor de los ejércitos *proprios*, compuestos por súbditos, ciudadanos y partidarios del Príncipe. Aquéllos son *inútiles y peligrosos* y están desunidos por la ambición, la indisciplina y la infidelidad, mientras que los ejércitos *proprios* son fieles hasta el final, porque sienten defender algo suyo. Los ejércitos *mixtos*, compuestos de tropas mercenarias y propias, y los ejércitos *auxiliares*, prestados por otro príncipe, aunque son mejores que los mercenarios, tampoco son seguros. Ha de indicarse que Maquiavelo conocía bien esto a través de la Italia de su tiempo, cuya ruina veía en buena parte motivada por la ausencia de lo que concebía como ejércitos *proprios* y el exceso de tropas mercenarias²⁴.

La organización militar

Platón, a diferencia de los otros dos autores aquí tratados, sobre todo Campanella, apenas incide en la organización interna del ejército. Lo que realmente le interesa es definir su papel en el seno de la sociedad y del Estado. Aunque eso sí, da también mucha importancia a la educación de los guerreros.

Como ya se ha dicho, defiende la misma educación e instrucción militar para las mujeres que para los hombres. Y el Estado debe hacerse cargo de los niños, desde el mismo momento en que nacen, para su formación.

Para el grupo de los *defensores*, Platón establece dos partes en su educación²⁵:

a) La música, debiéndose entender este término como formación del espíritu, incluyendo canto, danza, poesía, elocuencia y filosofía.

²³ *Idem*: pp. 76, 78, 81 y ss.

²⁴ MAQUIAVELO, Nicolás: *El Príncipe*, caps. 6, 7, 12, 13 y 26 y cap. 24, pp. 144-145. Ed. Espasa Calpe, Colección Austral. También los libros I y VII de *El Arte de la Guerra*.

²⁵ PLATÓN: *Op. cit.*, libro II, pp. 65 y ss., y libro III.

b) La gimnasia o formación del cuerpo.

Insiste mucho en que debe instruirse a los jóvenes en el coraje, la virtud, la justicia y el bien, para que sólo amen lo bueno y lo bello. Asimismo, se les debe enseñar a aborrecer las luchas y disensiones internas. Por todo ello critica a Homero, ya que éste ofrece una imagen muy poco ejemplar de los dioses, cuyas *hazañas* (envidias, robos, infidelidades, adulterios, asesinatos...) no podrán ser narradas a los jóvenes que están configurando su sistema de valores²⁶.

Asimismo, afirma que los hijos de los guerreros han de acudir a los combates para ver a sus padres y acostumbrarse a la guerra, aunque sin correr peligro²⁷.

Por último, cabe recordar que se irá probando a los *defensores* desde niños, con el fin de entresacar de los mejores a los futuros filósofos- gobernantes²⁸.

En la isla de Utopía de Moro, por otra parte, cuando han de utilizar sus propios soldados, eligen de *entre ellos a un hombre de probado valor, a quien someten la dirección de todo el ejército*, y a él agregan otros dos como posibles sustitutos en caso de que caiga prisionero o muerto en combate. Consideran esencial tener siempre un caudillo en la guerra²⁹.

Santo Tomás Moro establece la formación de todos los ciudadanos en las labores agrarias y en las artes militares, y se preocupa sobre todo de la formación intelectual. En efecto, uno de sus objetivos es que los ciudadanos puedan dedicarse todo el tiempo posible al cultivo del saber.

En cuanto al armamento y las máquinas de guerra, habla de todo ello en general y lo muestra como muy avanzado, ingenioso y útil, pero no entra en grandes detalles. En realidad, no es éste un tema que de verdad le interese. Dice que sus armas defensivas son sólidas pero cómodas y que, por otra parte, tanto infantes como jinetes usan flechas arrojadas. Para el combate cuerpo a cuerpo emplean hachas tan afiladas y pesadas como mortíferas. Poseen ingeniosas máquinas de guerra, pero las ocultan para que nadie las vea, y son de fácil transporte y de buen giro en todos los sentidos³⁰.

Tal y como ya hemos señalado anteriormente, en la *Ciudad del Sol* de Campanella se da una gran importancia al mando militar: uno de los tres triunviros que cogobiernan bajo la jefatura suprema de Hoh es Pon, el Poder, quien tiene a su cargo todo lo relativo a la guerra y el arte militar. Dirige a los magistrados militares y a los soldados, vigila municiones, fortifi-

²⁶ *Idem*: libro II, pp. 66-67, y libro III.

²⁷ *Idem*: libro V, pp. 181-182.

²⁸ *Idem*: libro III.

²⁹ MORO, Tomás: *Op. cit.*, p 120.

³⁰ *Idem*: p. 123.

caciones, máquinas de guerra, etc.; conoce bien la estrategia y la táctica, así como la preparación e instalación de campamentos, la fabricación de armas... Por todo ello, ha de poseer buenos conocimientos de Filosofía, Historia, Política y Física, igual que los otros dos triunviros. En la guerra se le atribuyen poderes amplísimos, semejantes a los de los dictadores romanos, con el fin de evitar dilaciones peligrosas en la toma de decisiones, y sólo en casos extremos consulta al jefe supremo y a los otros dos triunviros³¹.

Por debajo de Pon hay varios jefes militares más: el maestro armero, el jefe de la infantería, el de la caballería, el de la artillería, el de los arquitectos (es decir, un cuerpo de ingenieros militares), el de los estrategas, etc. Y éstos, a su vez, tienen otros mandos a sus órdenes. Además, también están por debajo de Pon los *atletas*, experimentados y viejos capitanes encargados de la instrucción militar de jóvenes mayores de doce años (pues ya antes han recibido una preparación física y militar). Todos los ciudadanos realizan un adiestramiento físico-militar diario y reciben lecciones teóricas de estrategia³².

Parece ser que el ejército se compone básicamente de falanges de infantería armada con lanzas, de honderos (muy importantes por su alta movilidad y destreza) y de jinetes de caballería ligera, armados con arcabuces o con una clava de hierro con dos cadenas y dos bolas también de hierro. Estos jinetes sujetan las riendas con los pies mediante un ingenioso sistema *ignorado incluso por los tártaros*, quienes también sujetaban las bridas con los pies. Destaca asimismo la caballería pesada. En el combate cuerpo a cuerpo, todos pelean con espadas³³.

Guardan en arsenales *toda clase de armas* y las usan con frecuencia para entrenarse, y poseen también cañones que transportan al campo de batalla en mulos, asnos o carros. Asimismo, parece ser que cuentan con una importante flota naval. Según apunta Campanella, se pasa revista al ejército una vez al mes³⁴.

La organización defensiva de la *Ciudad del Sol*³⁵ reviste quizá mayor interés, dado que se trata de la protección militar de un modelo urbanístico de los varios que se idearon en el Renacimiento, los cuales a veces intentaron plasmarse, de una o de otra manera, en nuevas poblaciones de América.

La Ciudad se sitúa sobre una alta colina, aunque se extiende más allá de sus faldas. Presenta siete círculos amurallados, cada uno con cuatro puertas coincidentes con los cuatro puntos cardinales; el diámetro es *de dos o más*

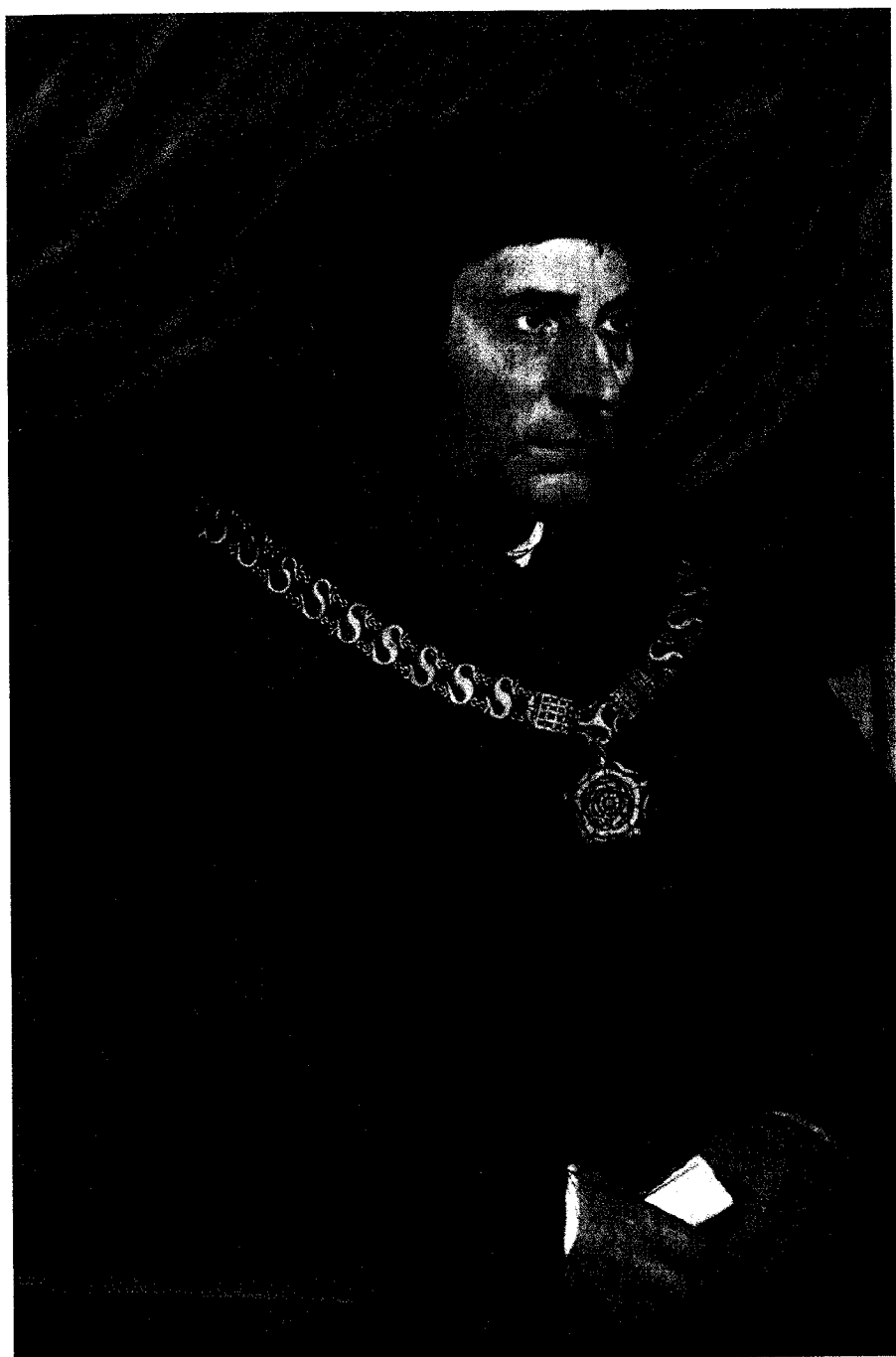
³¹ CAMPANELLA, Tomás: *Op. cit.*, pp. 147, 157 y 171.

³² *Idem*: pp. 169-170, y 175.

³³ *Idem*: pp. 172-173.

³⁴ *Idem*: pp. 170-171 y 179.

³⁵ *Idem*: pp. 143-144, 171 y 174.



Tomás Moro, de Hans Holbein el Joven.

millas y el recinto mide siete. *La ciudad está construida de tal manera que (...) el que quisiera conquistarla, tendría que atacarla siete veces*, pero le resultaría difícil atacar incluso el primer perímetro, muy ancho, lleno de terraplenes y defendido con fortalezas, torres, máquinas de guerra y fosos. Además las paredes exteriores de cada muralla tienen morteros servidos por soldados especializados en ellos.

Las guardias se organizan en las cuatro puertas de la Ciudad así como sobre las fortalezas, torres y atrincheramientos internos de las murallas del séptimo círculo. De día las hacen las mujeres y de noche los hombres, *para que ellas no se duerman y evitar así cualquier sorpresa*. La duración de las guardias es de tres horas, *como entre nosotros*, dice Campanella.

El ejército en el campo de batalla

Procede aclarar que no nos encontramos ante tres militares, estrategas o tratadistas de la guerra, sino ante tres filósofos que se ocupan de cuestiones políticas. Por lo tanto, una serie de aspectos que hemos visto y que veremos, relativos al armamento, la organización interna del ejército y la táctica, no han de considerarse como esenciales en su pensamiento. Posiblemente no pretenden en estos puntos un cambio social profundo o auténtico como el que sí puedan proponer, por ejemplo, en la educación, en la organización del trabajo y de la propiedad, o en la composición del ejército, su modelo de vida y su papel dentro de la sociedad. Sería distinto si nos refiriéramos a Maquiavelo, a quien sí podemos considerar como un tratadista de la guerra.

Si pasamos a hablar del ejército en el campo de batalla y de la táctica empleada, no podremos decir mucho de Platón, salvo que la presencia de las mujeres y los hijos en el combate habrá de animar a los guerreros; y que de ellos recibirán honores, después de la pelea, los más destacados en valor y audacia³⁶. Por otra parte, Platón resalta el valor de las matemáticas para el arte de la guerra³⁷.

Acerca de los ánimos femeninos a los guerreros en el combate también hablan Moro y Campanella. Éste último comenta, igualmente, los honores otorgados a los más destacados en el campo de batalla³⁸. En la *Ciudad del Sol*, además, celebran los triunfos militares al estilo romano, e incluso con

³⁶ PLATÓN: *Op. cit.*, libro V, pp. 181–183.

³⁷ *Idem*: Libro VIII, pp. 249–250.

³⁸ MORO, Tomás: *Op. cit.*, p. 121; CAMPANELLA, Tomás: *Op. cit.*, pp. 172–174.

mayor solemnidad. En *Utopía*, por otra parte, los que festejan son aquellos en los que no hay casi derramamiento de sangre, pues les duele incluso la sangre enemiga³⁹.

Tanto en uno como en otro autor renacentista se ve que los campamentos se establecen y organizan siguiendo el modelo romano, e incluso Campanella lo dice claramente⁴⁰.

Si en *Utopía* son hábiles en estrategia, en la *Ciudad del Sol* también. Se observa que ambos suelen emplear una táctica que engaña mucho al enemigo, con simulacros de fuga para rodearlo luego. Además, se mueven de noche con sigilo, saben retirarse bien, dejan un importante cuerpo de reserva, protegen bien las unidades, etc.⁴¹.

Un objetivo importante de los habitantes de *Utopía* es evitar derramamientos inútiles de sangre, lo cual es un reflejo del humanismo cristiano que recorre todas las obras de Santo Tomás Moro. Para ello, los utópicos ofrecen grandes premios entre la población del país enemigo si matan o mejor si capturan a su príncipe y a otros cargos culpables del conflicto, lo cual genera la desconfianza de los gobernantes hacia sus súbditos. Y si este sistema no surte efecto, entonces tratan de sembrar la discordia entre los enemigos. Para todo ello se sirven de las riquezas y tesoros que poseen y que son despreciados en *Utopía*, pero no en el resto del mundo⁴². Además tratan de evitar la guerra en el territorio de *Utopía*, para salvarlo de las consecuencias negativas de ello⁴³.

La victoria: actitud hacia los vencidos

A este respecto se refieren Moro y Campanella más que Platón, y en ambos, sobre todo en el primero, se ve bastante humanidad.

Los utópicos de Santo Tomás Moro prefieren antes apresar que exterminar al enemigo y no se ensañan con el vencido. No saquean ni molestan a la *pacífica muchedumbre* de las ciudades sitiadas o tomadas. Pero los gastos de la guerra, por otra parte, sí se los hacen pagar a los vencidos: debemos recordar que nunca declaran la guerra de una manera ofensiva, sino más bien en defensa propia, o de un aliado, o de un pueblo tiranizado que pidió su auxilio⁴⁴.

³⁹ CAMPANELLA, Tomás: *Op. cit.*, pp. 173-174; MORO, Tomás: *Op. cit.*, pp. 117-118.

⁴⁰ MORO, Tomás: *Op. cit.*, pp. 122-123; CAMPANELLA, Tomás: *Op. cit.*, p. 172.

⁴¹ MORO, Tomás: *Op. cit.*, pp. 122; CAMPANELLA, Tomás: *Op. cit.*, pp. 171-172

⁴² MORO, Tomás: *Op. cit.*, pp. 118-119.

⁴³ *Idem*: p. 124.

⁴⁴ *Idem*: pp. 122-123.

En cuanto a Campanella, afirma que las ciudades vencidas o sometidas espontáneamente a la *Ciudad del Sol* se van habituando a las costumbres de ésta, pero no parece que de una manera impuesta, sino bastante bien aceptada⁴⁵.

Conclusiones y elementos de valoración

Ante todo, debemos repetir una idea importante que hemos apuntado poco antes, y es que los tres autores que hemos tratado son filósofos y tratadistas políticos, no tratadistas del arte militar. Esto hay que tenerlo muy en cuenta, ya que el interés de su estudio estará realmente en ver sus opiniones sobre la razón y la justicia de la guerra, sobre el sentido del ejército y su papel en la sociedad, o sobre algunos aspectos concretos más que hemos ido comentando.

Desde luego, creemos que resulta más interesante esto que sus pobres aportaciones a la táctica o al armamento, donde parecen haber dejado más rienda suelta a la imaginación. Ciertamente, si se quieren analizar temas de estrategia y de armamento, quizá sea mejor acudir a la *Anábasis* de Jenofonte o al *Arte de la Guerra* de Maquiavelo, por señalar dos autores que hemos citado aquí.

Así pues, haciendo esta consideración básica, podemos apuntar a continuación algunas conclusiones acerca de lo que hemos venido viendo:

a) *La guerra* aparece en las utopías que hemos comentado como un hecho humano, como una trágica realidad prácticamente inherente a la sociedad humana. Por ello, los tres autores no caen en un ingenuo pacifismo irreal como el de los años veinte, sesenta y setenta de nuestro siglo, sino que ven claramente la necesidad de hacer frente al fenómeno bélico. Es decir, que ven la *existencia del ejército* como una necesidad, como algo imprescindible para la defensa de la paz de la sociedad y del Estado. Y asimismo, admiten la existencia de guerras justas.

b) *El ejército* aparece integrado *en la sociedad y en el Estado* en las tres utopías, aunque de manera distinta en cada una de ellas.

Para Platón, el ejército se compone de un núcleo de ciudadanos enteramente dedicados a las armas, y supone uno de los tres grupos componentes de la sociedad-Estado (en cierta manera resulta difícil distinguir en este filósofo los límites entre la sociedad y el Estado; éste deja sentir mucho su peso). El de los *defensores* es uno de los dos grupos propiamente dominantes, aunque la justicia y el bien de la República nacen del buen cumpli-

⁴⁵ CAMPANELLA, Tomás: *Op. cit.*, p. 174.

miento de las funciones de cada uno de los sectores sociales. Y no ha de olvidarse, por otra parte, la relación del modelo platónico con el lacedemonio o espartano.

Para Santo Tomás Moro, el ejército parece presentar dos elementos: el componente mercenario y el pueblo en armas para casos de necesidad. Se deja la guerra para tropas mercenarias, pero si el país peligrá, todos los ciudadanos habrán de defenderlo, y para ello se adiestran constantemente.

Por fin, para Campanella el ejército tiene el segundo de los rasgos del de Moro: todos se adiestran para la guerra y luchan en ella cuando tiene lugar. Pero hay también una serie de personas dedicadas de lleno a las armas y existen mandos profesionales; y es más, uno de *los cuatro grandes del Estado* es el jefe militar supremo.

En los tres autores resalta el entrenamiento militar femenino, y en Platón se ve incluso que acuden a la guerra y que son unas guerreras más, igual que los hombres.

Por otra parte, el sistema comunal se aplica sólo entre los guerreros en el Estado platónico, mientras que en los Estados moreano y campanelliano se extiende a toda la sociedad.

c) *La educación militar* supone una faceta importante en las tres utopías, pero es quizá Platón quien más insiste en sus rasgos propiamente militares, y en segundo lugar Campanella. Ambos, al hacer desaparecer la familia, entregan al Estado la formación de los niños y los jóvenes. En Moro, en cambio, la familia es un pilar del Estado, y éste no anula la sociedad ni la libertad personal. El modelo comunal moreano, además, se ve más aceptado que impuesto, y en esto se puede parecer más al comunismo libertario anarquista que al comunismo marxista, pero de aquél le aparta a su vez un sistema cristiano de valores. En el tema propiamente de la educación militar, los autores estudiados conjugan una parte físico-militar y otra intelectual, pero quizá resulta de mayor interés en este punto el modelo platónico, por ser más original y por poder ponerlo en relación con los modelos de educación de la Grecia antigua.

d) La influencia de Platón se deja ver mucho más en Campanella que en Moro, y ello se aprecia también en la preocupación por la *procreación*, que está orientada *hacia una mejora racial*. Platón insiste especialmente en loglarla en el grupo de los guerreros o *defensores*.

e) Platón aboga por una *hermandad helénica* o panhelénica y pide el cese de las guerras entre griegos. Por su parte, Santo Tomás Moro muestra un *humanismo cristiano* que le lleva a defender la búsqueda de victorias poco sangrientas y la conmisericordia hacia el vencido.

f) *El sistema defensivo de la Ciudad del Sol* de Campanella no deja de revestir cierto interés, dado que el modelo urbanístico de dicha ciudad ha de

enmarcarse en la historia del urbanismo, en el ámbito de los proyectos de ciudades. E incluso pudo influir en la edificación de algunas nuevas poblaciones en América.

En definitiva, creemos que el estudio de la guerra y la organización militar en las *utopías* puede resultar interesante, sobre todo por las valoraciones que sus autores ofrecen acerca de ciertos puntos tan importantes como la propia razón de ser de la guerra y del ejército, así como la relación de éste con la sociedad y el Estado.